TESOROS DE LA ANIMACIÓN

Disney

La Bella Durmiente

Tesoros de la animación

Disney

La Bella Durmiente

En el año 1959, cuando tenía cinco años, vi por primera vez «La Bella Durmiente», la nueva película de animación de Disney.

En aquella sala oscura, me convertí en un fan de la animación, de las princesas y los príncipes, de las hadas, de los castillos y de los bosques encantados. Entonces supe dónde quería trabajar cuando fuera mayor: en Walt Disney Animation Studios.

De algún modo, como por arte de magia, conseguí un trabajo en Walt Disney Animation Studios en 1979. Fue el inicio de una aventura de cuarenta años, en la que me dediqué a hacer películas como codirector (*Pocahontas* y *Los rescatadores en Cangurolandia*), animador, guionista gráfico, diseñador de personajes y diseñador de producción (*¡Rompe Ralph!*).

Sin embargo, en mi opinión, *La Bella Durmiente* es incomparable. El ilustrador Eyvind Earle puso más detalles, esfuerzo y cariño en cada una de las escenas de esa película que en ninguna otra producción de Disney. El color brillante y saturado que utilizó es como un personaje más de la película. De hecho, las Tres Ilustres Hadas suelen distinguirse básicamente por sus colores. Y las texturas tienen un protagonismo increíble. Solo hay que mirar la corteza de los árboles. Fijaos en cada piedra escarpada del castillo. La flora del bosque, intrincadamente diseñada, se nos presenta con tan delicados detalles que incluso llegamos a tener la sensación de que todo este arte puro y deslumbrante nos engulle.

Pero hay algo que hace destacar todos esos colores brillantes y llamativos: el negro. Earle lo utilizó como fuerza opuesta a la belleza y felicidad de los personajes buenos. Maléfica,

la invitada no deseada del infierno, todavía ahora es la mejor ladrona de protagonismo de la historia. Su impactante diseño y sus atractivos rasgos afilados, coronados con sus emblemáticos cuernos, no solo la hacen fascinante, sino también intimidatoria.

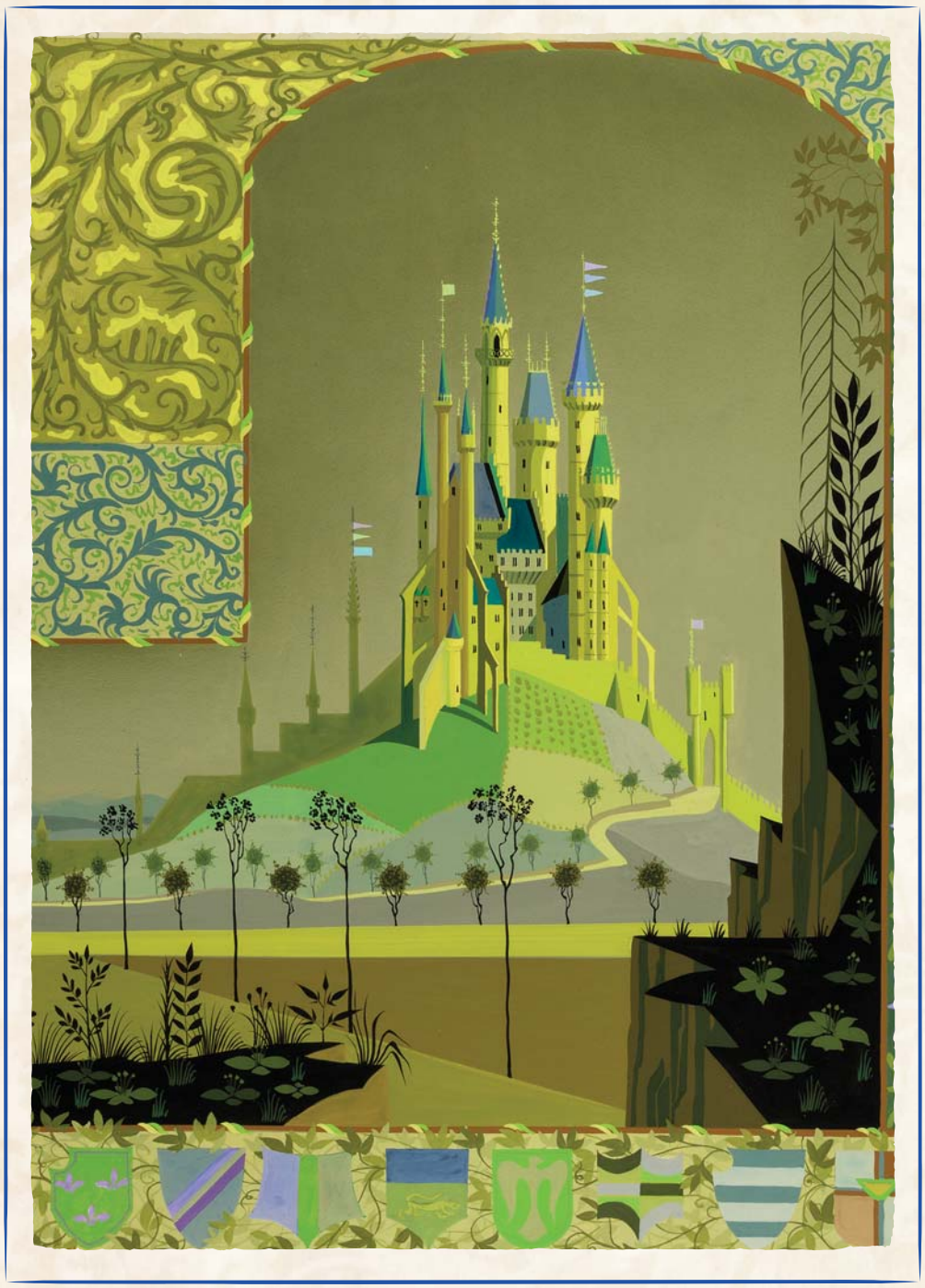
Intento averiguar cómo Earle logró plasmar esta complejidad y, al mismo tiempo, lo hacía parecer todo tan natural, simple y creíble. *La Bella Durmiente* está considerada como su mayor éxito artístico en Disney, y la industria lo admira enormemente por esa gran proeza.

Es maravilloso ver el trabajo de Earle y de los otros artistas originales en este libro. Las ilustraciones, junto con la historia, permiten vivir la película de una forma más intensa. Resulta divertido mirar un boceto mientras lees, o maravillarte con la imagen de Aurora antes de su evolución, o contemplar un primer boceto del claro encantado o de la cabaña. Aquí es donde empezó la magia. Tenéis la oportunidad de vivir el proceso de imaginar visualmente una historia tal y como lo hace un artista de Disney.

Gracias a esta película, llegué a ser uno más de los narradores de Disney, un sueño hecho realidad. Doy las gracias a todos los artistas que aparecen en estas páginas, por haberme inspirado. Espero que este libro inspire a muchos otros a adentrarse en el bosque encantado de los soñadores trabajadores. Esa es la belleza eterna de *La Bella Durmiente*.

Mike Gabriel

Walt Disney Animation Studios



En un país muy lejano, hace ya mucho tiempo, vivían un rey y una reina que anhelaban tener un hijo.

Después de años de espera, al fin su deseo se vio cumplido con el nacimiento de una linda niña a la que pusieron por nombre Aurora. La llamaron así porque, como el alba al día, llenaba sus vidas de luz y calor.

El rey Estéfano y la reina organizaron una fiesta para que todo el mundo pudiera celebrar el nacimiento de la pequeña princesa.

Llegaron hombres y mujeres de todo el reino, cantando «¡Viva la princesa Aurora!», y la colmaron de regalos.

Los reyes también invitaron a su amigo el rey Huberto con su joven hijo, el príncipe Felipe. Durante muchos años, los dos monarcas habían soñado que algún día sus reinos se unirían. Cuando consiguieron reunir a todos los invitados en el gran salón del castillo, los reyes anunciaron que, cuando fueran mayores, el príncipe Felipe y la pequeña princesa se casarían.

Mientras el rey y la reina contemplaban a su bebé, el aire de la sala se llenó de una especie de polvo mágico y aparecieron las Tres Ilustres Hadas: Flora, Fauna y Primavera. Con sus varitas alzadas, se acercaron volando a la cuna real.

—¡Es un encanto! —exclamó Primavera al ver a la niña.

Entonces se inclinaron ante el rey y la reina.

—Cada una de nosotras dotará al bebé con un don —dijo Flora—, que en suma serán tres. Princesita, mi don especial para ti será la belleza.

Al decir eso, agitó la varita, y de su punta salieron unas estrellitas que se depositaron encima del bebé. Su pelo se volvió brillante como los hilos de oro; sus labios, rojos como las rosas, y su piel, resplandeciente.

—Gentil princesita —dijo Fauna—, mi don para ti será una melodiosa voz.

Acto seguido, movió la varita. Esta vez, de su punta salieron unos pajaritos que volaron por encima de la cuna y llenaron el lugar de música.

—Dulce princesita —dijo Primavera—, mi don será...

Pero antes de que pudiera acabar la frase, las puertas del castillo se abrieron y una ráfaga de viento irrumpió en el salón. Entre rayos y truenos, una llama verde impactó contra el suelo. Titiló unos segundos y, entonces, de su interior salió una figura vestida de negro. Su cara era pálida como la muerte, sostenía un cetro dorado con su larga y blanca mano e iba acompañada de un cuervo negro. Era la Emperatriz del Mal.

—Oh, ¡es Maléfica! —exclamó Flora casi sin aliento.

—¿A qué ha venido? —dijo Primavera con preocupación.